

# UNA FALSA SALIDA

**L**A solución dada a la crisis italiana es la de la falta de solución; el Presidente de la República rechaza la dimisión del gobierno de Mariano Rumor —la larga y maltrecha coalición llama a una de centro-izquierda— y éste sigue adelante. Si el gobierno había presentado la dimisión era porque no podía seguir gobernando; ¿cómo va a poder hacerlo ahora? Mal, por supuesto. Pero con un leve respiro que le ha venido de Washington en lo que se llama «desmovilización de las reservas oro», decidida por la reunión del Fondo Monetario Internacional. Las reservas oro de los países del Fondo son negociables al precio oficial de 49,22 dólares por onza; en el mercado libre sobrepasa los 160 dólares. Esto quiere decir que las 2.500 toneladas de oro que constituyen las reservas del Banco de Italia pasan de valer un billón ochocientos mil millones de liras a valer siete billones; y que el préstamo de 1.000 millones de dólares que buscaba desesperadamente en Bonn y en Washington, y que se le negaba porque suponía la tercera parte de sus reservas oro, podrá ahora negociarlo porque sólo representa un 8 por 100.

Naturalmente no ha sido sólo la presión de Italia la que ha conseguido en Washington la libertad del oro, sino el conjunto de las naciones europeas, en trance de asfixia por los nuevos precios del petróleo y otras materias primas; pero de esa asfixia era —y aún es— Italia un ejemplo primordial. Su angustia económica se había transformado en crisis política, y no sólo de gobierno, sino de sociedad. Una de las soluciones previstas era la de la entrada del partido comunista en el gobierno en un gobierno de coalición amplia presidido por la democracia cristiana; otra, una convocatoria de elecciones generales, tras disolución de la actual asamblea; a juzgar por los resultados recientes del referéndum del divorcio, el partido comunista habría conseguido aumentar notablemente sus votos; la democracia cristiana quizá hubiese perdido muchos y se hubiera podido imponer la coalición, tanto tiempo rechazada, de la izquierda. Cualquiera de estas dos salidas —no hipotéticas, no teóricas: realmente al alcance de la mano y, desde luego, no descartadas— podía asustar suficientemente a Washington y al sistema capitalista, que tiene en Italia un buen campo de maniobras económicas, y repetamos que no sólo por Italia en sí, sino porque puede producirse en otros varios países de Europa.

La versión que ha dado Guido Carli, gobernador del Banco de Italia, de la crisis económica es la de que el país «está viviendo por encima de sus posibilidades». Carli se ha convertido en uno de los personajes más importantes del país. Aunque estrechamente unido al ministro de Hacienda, Colombo, es él quien lleva la voz cantante de las reformas económicas, el que ha propuesto un plan —«la línea Carli»— de austeridad y recorte de gastos, de aumento de la fiscalidad. El plan Carli ha encontrado una rápida oposición en los sindicatos. Los sindicatos mantienen que quienes viven por encima de sus posibilidades son las empresas y los grupos de capital, pero quienes lo pagan son los obreros: sobre ellos se ha depositado la carga de la inflación galopante, y sobre ellos recaería el nuevo plan de austeridad sobre la producción, que produciría aumento del paro y reducción de horas extraordinarias. Lo que ha sucedido dentro del gobierno es un reflejo de esta lucha entre el capital, representado por el Banco de Italia (esto es, por la democracia cristiana que lo domina), y los sindicatos; el gobierno ya no es capaz de organizar el diálogo y el equilibrio, sino que, por el contrario, deja repercutir en él el enfrentamiento social. Mientras una de las bases de la coalición, la democracia cristiana, apoya y mantiene el plan Carli, la otra, el partido socialista, mantiene los puntos de vista de los trabajadores, para no perder ocasiones electorales y por no dejar que sea el partido comunista quien tenga el monopolio de esta defensa de clase. Este enfrentamiento produjo la crisis. Además de la ruptura interior de la democracia cristiana, entre Rumor y Fanfani, Rumor, presidente del gobierno dimisionario y reconstruido, está siendo acusado continuamente por el secretario general de su propio partido, Fanfani. Fanfani ha buscado la forma de separarse y separar a su partido de la «línea Carli», e incluso de negociar sobre otras bases con los socialistas y hasta con los comunistas —pese a los ataques verbales que ha hecho a esos partidos— sobre la base de otra solución. Es él quien hubiese presidido un Gabinete de coalición, a pesar de su recientísimo enfrentamiento con la izquierda y de su fracaso político en las maniobras del referéndum. Pero más que a la crisis, más que a la catástrofe económica, más que a un futuro incierto, lo que los partidos que gobiernan Italia desde hace tantos años —la democracia cristiana fue el partido de la pos-

guerra, como en Francia y como en Alemania Federal— es la posibilidad de que se abra una campaña electoral y se llame al pueblo a las urnas para una nueva asamblea. Por eso todos han aceptado el balón de oxígeno de la reforma de las reservas oro, y la solución de no hacer nada, la solución de continuar igual, que es la adoptada por el Presidente de la República —esto es, por las fuerzas políticas y económicas dominantes que determinan la actuación del Presidente—.

En este «mare magnum» ha ido a convertirse el «milagro italiano», la velocidad de industrialización de la década de los sesenta. Son muchos años de mal gobierno, de un inmovilismo político producido por la coalición; obligados por su alianza con la democracia cristiana y por miedo al comunismo, los socialistas no han llevado a cabo sus reformas sociales programáticas. Esperando el momento de entrar en el gobierno por la vía también de la coalición, el partido comunista no ha cumplido su papel de oposición auténtica. El producto del milagro y la industrialización se han perdido en negocios sucios, en corrupción, en dividendos para empresas extranjeras. Nadie ha conseguido detener el imperio de la mafia, instalado en todos los niveles administrativos.

Con una oposición cercada durante muchos años, moderada otros; con un gobierno inmovilizado, con un capital enormemente ambicioso, la política se ha ido desplazando a la calle. Hace ya muchos años que el centro de gravedad de la oposición se ha ido desplazando hacia los sindicatos, que han ido ocupando el vacío que no cumplan los partidos políticos; por eso vemos ahora cómo son ellos quienes se oponen y discuten las reformas económicas pretendidas por el gobernador del Banco de Italia. Frente a los sindicatos, la gran industria ha comenzado a movilizar las mismas fuerzas que le fueron útiles a partir de los años últimos de la primera década del siglo, cuando comenzaron a cundir las huelgas y el ejemplo de la revolución en Rusia movilizaba a la clase proletaria: los fascistas. El fascismo es una respuesta de clase media al aplastamiento por sus extremos, el superior y el inferior, pero su deseo de ascenso la hace siempre ser más combativa contra el inferior, contra el proletariado, y por ello más susceptible de ser manipulada por el capitalismo. Lo fue en 1917, lo está siendo ahora. El llamado neofascismo no ha sido nunca combatido seriamente por la democracia cristia-

na —y los socialistas de la coalición son responsables por complicidad—, porque la democracia cristiana ha estado siempre en abierta colusión con el gran capital italiano y porque también le ha interesado aparecer como la única barrica contra el fascismo; es decir, que hubiese un fascismo latente para aparecer ante el pueblo como una opción más segura. Ha llegado a la alianza con él en el tema del divorcio, y los fascistas se han arreglado bien —aprovechando los errores y las torpezas de Fanfani— para mostrar que ese referéndum no se refería realmente al divorcio, sino que era una alianza contra la izquierda ascendente. Muchas personas en Italia creen de muy buena fe en el fascismo como una solución para la crisis actual, para el caos actual; creen que un gobierno fuerte es necesario, que la democracia no es válida —en lugar de advertir que no hay verdadera democracia, sino corrupción liberada de la democracia— y que el fascismo representa una verdadera fuerza social capaz de acabar con los abusos del capital; incluso se reivindica la época de Mussolini en el sentido de que su gobierno no fue más fuerte ni más abusivo que el de otros que se toleran hoy en todo el mundo, y que sólo al final se endureció y se pervirtió por la influencia de Hitler. Sobre estos espejismos se montan las fuertes subvenciones de la industria italiana a los fascistas para que se enfrenten a las peticiones obreras —y otras subvenciones llegadas del exterior, como, por ejemplo, de Grecia—; la bomba de Brescia fue un «clímax» de esta situación y, a partir de ella, el gobierno se ha visto obligado a una depuración y a unas investigaciones, que llevaron al descubrimiento de fascistas infiltrados en altos puestos de gobierno y administración, de la existencia de un campo de adiestramiento militar cerca de Roma, de planes para asesinar al Presidente de la República y para producir en ese momento un golpe de Estado que no se hubiese llamado fascista. Es ahora cuando se dice oficialmente que los doce muertos por la explosión de Milán, hace casi cinco años —diciembre de 1969—, fue una provocación de los fascistas, después de haber estado acusando desde entonces —aun judicialmente— a la extrema izquierda, a los anarquistas.

La extrema izquierda también segrega sus movimientos extraparlamentarios, los grupos revolucionaristas. Si la carencia de un gobierno y el miedo al sindica-



La crisis política que atraviesa Italia y que ha motivado la dimisión —no aceptada por el Presidente Leone— de Mariano Rumor como primer ministro, es la resultante de una profunda crisis económica. En la foto, Rumor, en segundo plano, con el ministro del Tesoro, Colombo: ambos cristiano-demócratas.

lismo moviliza al gran capital para que sostenga al fascismo, la carencia de una oposición y las líneas moderadas del partido comunista italiano levantan y movilizan los grupúsculos de la extrema izquierda, con cualquiera de los nombres improprios con que se les pueda denominar: maoístas, anarquistas, trotskistas, guevaristas... Sus actos extralegales no han alcanzado la cima sangrienta de los de la extrema derecha, pero sí producen las huelgas salvajes que desbordan a los sindicatos o las llamadas a la revolución social inmediata que sirven para justificar la defensa de la derecha y el fascismo.

No parece que sea el gobierno de Mariano Rumor, dimitido y vuelto a instalar, quien vaya a resolver estos problemas, ni que la nueva facilidad económica que da el especular con el oro en los mercados libres vaya a resolver por sí sola la economía del país. La única ventaja que tiene este gobierno es que ha sido él quien ha iniciado la gran depuración del fascismo, y que su caída hubiera podido interpretarse como la capacidad fascista para derribar a sus enemigos; la encuesta va a proseguir. El problema está situado en las estructuras eco-

nómicas y políticas, que habría que rehacer totalmente; unas estructuras que se plantearon o se sobrepusieron a la realidad del país desde el momento de la ocupación de los Estados Unidos en la segunda guerra mundial y en la conducción de la guerra fría, que tantos destrozos ha causado en las democracias europeas. Italia podría salir de la situación mediante una reconstrucción de la democracia parlamentaria sobre bases reales, a partir de nuevas leyes electorales que produjesen Gobiernos representativos de la mayoría de la opinión y respetuosos de las necesidades de la minoría. El «compromiso histórico» del que hablaba Berlinguer —secretario general del partido comunista italiano— significaba la entrada de los comunistas en un gobierno de coalición nacional, o quizá —él no citó nunca expresamente esa entrada en el gobierno— una cooperación del partido para hacer frente a las situaciones actuales. Y para comenzar a promover el cambio de estructuras. Es la solución que ha quedado otra vez bloqueada por la decisión de Washington y por el nuevo intento de Rumor. Durará lo que pueda durar, pero no más. ■ JUAN ALDEBARAN.

R. F. A.

## El nuevo "milagro"

Alemania es rica, todo el mundo lo sabe. El canciller Helmut Schmidt lo admite con gusto. El formidable excedente que registra la balanza comercial de la RFA da fe de ese hecho. Sin embargo, un sindicalista alemán, responsable de la poderosa federación obrera de la industria metalúrgica, nos confía: "Es difícil acabar con una leyenda. Una de esas leyendas es la de que el obrero alemán, que goza de unos ingresos muy altos, dedica una buena parte de sus ingresos a la caja de ahorros y gasta el resto durante sus vacaciones en la Costa Brava..."

Echemos, con ese sindicalista, una ojeada a los salarios que se pagan actualmente en el sector metalúrgico y que figuran entre los más elevados de la RFA. Un obrero muy cualificado gana 311 marcos netos semanales (unas 7.150 pesetas).

Esto puede parecer bastante, pero hay que tener en cuenta que el obrero alemán paga en marcos, y en Alemania, el coste de la vida es alto. El obrero metalúrgico que gane un salario elevado puede permitirse el comer carne tres veces por semana. Sólo puede comerla todos los días si su mujer trabaja, y él mismo hace horas suplementarias.

El obrero metalúrgico se las arregla, pues, para ir tirando. Pero, ¿qué decir de los otros trabajadores? Las estadísticas que acaba de publicar el Instituto Alemán de Investigación Económica demuestran que cerca de un tercio de los asalariados alemanes ganan menos de 800 marcos mensuales (20.400 pesetas) y que aproximadamente la mitad perciben salarios inferiores a los 1.330 marcos (30.500 pesetas). En determinados sectores como la industria textil, son corrientes los salarios de 680 marcos (15.600 pesetas).

Pero, dirán ustedes, los sindicalistas exageran: se quejan a gritos de la miseria para justificar sus reivindicaciones. Pues, ¿no tienen casi todos los obreros coche propio, televisor, refrigerador? Ciertamente, pero están cargados de deudas y viven al día. En 1973, nos dicen las estadísticas, más de la mitad de las familias alemanas no han podido ahorrar lo más mínimo, y mucho menos han podido salir de vacaciones.

¿Dónde se sitúa entonces la riqueza en este país de "milagros"? Constatemos en primer lugar que la productividad en la industria ha dado un salto impresionante en estos últimos años: el auge ha sido superior a un 7 por 100 anual. Dicho de otro modo: el grado de explotación de la mano de obra se ha elevado rápidamente. Después de la guerra, en los años cincuenta y al principio de los años sesenta, los economistas "burgueses" se mostraban prácticamente de acuerdo con sus colegas marxistas a la hora de constatar que "el milagro económico alemán se explica, en gran parte, por el hecho de que la clase obrera, dócil en su mayoría, ha corrido con los gastos de la operación al permitir una enorme acumulación de fortunas y beneficios en manos de una minoría".

Esta constatación sigue siendo básicamente cierta en nuestros días. En 1974, el 1,7 por 100 de las familias alemanas poseen el 74 por 100 de los medios de producción del país. Unos 2.500 patronos y accionistas disponen de unos ingresos mensuales superiores a los 250.000 marcos (5.750.000 pesetas). Gracias a la acción sindical, se han incrementado los salarios obreros. Pero aparte de los patronos han sido los cuadros superiores y medios quienes más se han aprovechado del "milagro".

El caso es que cerca de ocho millones de asalariados alemanes no han podido ingresar un solo marco el pasado año en la caja de ahorros.

El caso es también que millones de obreros alemanes viven con 800 marcos al mes, lo que, según "Spiegel", es "absolutamente indecente"; que los que ganan más de 1.000 marcos al mes viven con cierta estrechez, y que únicamente los que llegan a un salario mensual de 1.500 marcos (los menos numerosos entre los obreros) viven en condiciones relativamente decentes.

Pero estos últimos tampoco hablan de milagro. De milagro sólo pueden hablar ese 0,75 por 100 de las familias de la Alemania Occidental que poseen el 90 por 100 de todas las acciones de las empresas, y esos 22.000 ciudadanos alemanes que, en 1973, declararon al fisco ingresos de más de un millón de marcos, así como los centenares de millonarios que, disimulando al fisco su fortuna real, han adquirido, en el Ticino suizo, por ejemplo, la casi totalidad de los terrenos que estaban a la venta.

Ahi es donde se sitúa el "milagro". Los asalariados alemanes no utilizan nunca este término. ■ GERARD SANDOZ.